

EL DESACUERDO

Lorenz hubo de detenerse en Veracruz, a pesar de su deseo de marchar directamente a la capital. Ello constituyó la máxima contrariedad para aquel general en quien tanto había confiado Napoleón. Esta confianza imperial se trasluce incluso ante el propio Maximiliano, en las explicaciones que se consideró obligado a darle el emperador a raíz de lo pactado en La Soledad: "...espero mucho del efecto moral de la llegada del general Lorenz..." Pero de momento el flamante general no pudo hacer otra cosa que entrevistarse con Saligny, quien desfogó toda su ira contra Prim, y con el general Almonte, que estaba tan contrariado como él por la marcha de los acontecimientos.

El primer informe del general francés al emperador no podía ser más halagador si hubiera respondido a la realidad; pero Lorenz pensaba que las cosas habían de suceder tal como él quería y el emperador deseaba, y su pluma reflejó en el papel, más que los hechos, los deseos: "La llegada de la segunda porción del cuerpo expedicionario es providencial. El general Prim ha tenido que renunciar inmediatamente a sus proyectos, en que no tenía ninguna probabilidad de salir airoso, pues la acción de nuestros franceses, antes llegados, se había paralizado y su situación se habría visto llena de dificultades. El general Prim será llamado antes del 15 de abril; las conferencias no tendrán ningún resultado; nosotros marcharemos adelante, llegaremos a la capital, y el príncipe

Maximiliano será proclamado soberano de México, en donde su gobierno, firme y sabio, se mantendrá fácilmente para la dicha y regeneración del más desmoralizado de los pueblos”¹. Esta tendencia de los franceses a desfigurar la realidad con informes tendenciosos —que debía contribuir sin duda al optimismo de los emperadores—, se observa desde un principio. Un oficial del buque de guerra “Foudre”, “acaso —como escribe Conte Corti— sin haber puesto un pie en tierra y de todos modos sin haber salido del puerto”², se creyó autorizado para dar a conocer el ambiente monárquico de México, y sus apreciaciones fueron transmitidas después a la archiduquesa Carlota en una carta de la emperatriz Eugenia: “a este oficial no se le ha informado de las instrucciones dadas al almirante Jurien pero, sin embargo, ha encontrado en el país el germen de la idea monárquica que nosotros tenemos sólo que desarrollar y, con la ayuda de Dios, llevar al buen fin”³.

Lorenz trajo una carta autógrafa de Napoleón para Prim, carta halagadora y escrita antes de llegar a Francia la noticia de los Preliminares de La Soledad. Napoleón consideró necesario escribir al jefe de la expedición española, porque los recelos respecto al general eran viejos en la corte francesa, casi desde cuando llegó allí la noticia de su nombramiento. No hemos podido hallar esta carta, que seguramente está guardada por los familiares de Prim; pero sabemos algo de ella a través del informe que el plenipotenciario de la reina daba a Calderón

¹ Comunicación fechada en Veracruz el 10 de marzo de 1862, o sea cuatro días después de su llegada a México.

² *Ob. cit.*, pág. 113.

³ Fechada en París el 3 de febrero de 1862. Su original se encuentra en Viena en el Archivo del Estado. Citada por Egon CAESAR CONTE CORTI. *Ob. cit.*, pág. 11-12.

Collantes desde Orizaba¹. Napoleón no hablaba para nada de la candidatura del príncipe Maximiliano, pero no dejaba de apuntar la idea monárquica y aseguraba a Prim —y esto vino a aumentar su inquietud— que el gobierno español tenía las mismas miras que el del Imperio en la cuestión mexicana. ¿Resultaría verdad la información de Almonte? Al fin y al cabo Prim conocía muy bien, mejor que nadie, el desbarajuste de la política española y no hubiera resultado extraño —como en realidad ya sucedía en parte— que el gobierno de O'Donnell se dejara arrastrar por corrientes diversas y contradictorias. Prim quería puntualizar el asunto y, alarmado, escribió a Calderón Collantes un despacho en que le decía que la afirmación de S. M. I., hecha de una manera tan absoluta, le haría dudar, “si no tuviera yo por mi parte evidencia —subrayaba con toda intención— de que el gabinete español no puede desear el buen éxito de la candidatura en cuestión”.

La respuesta de Prim al emperador de los franceses alcanzó el mismo tono que la carta que había dirigido al conde de Barrot el 1º de marzo. La impresión que en el ánimo de Prim pudo producir una carta autógrafa del emperador —y de la que el general afirmaba que constituía “timbre de honor para mi posteridad”— no era suficiente para que él dejase de hacer presente a Napoleón la verdad de los hechos, tanto más cuanto Prim sabía perfectamente que el emperador era el alma de aquella descabellada empresa monárquica, de la que —detalle elocuente— no había osado hablarle en la carta. Ya casi en las primeras palabras del escrito se manifestaba la crítica contra los proyectos napoleónicos: “En el terreno de las justas reclamaciones no puede haber divergencia entre los comisarios de las potencias aliadas, ni menos la

¹ Fecha 17 de marzo de 1862.

habrá entre los jefes de las tropas de V. M. y el de las de S. M. C.; pero la llegada a Veracruz del general Almonte, del antiguo ministro Haro y otros emigrados mexicanos trayendo la idea de crear una monarquía en favor del príncipe Maximiliano de Austria, bandera que según ellos debe ser apoyada y sostenida por las fuerzas de V. M., va a crear una situación difícil para todos y más difícil y angustiosa para el general en Jefe de las tropas españolas, quien a tenor de las instrucciones de su gobierno, basadas en la convención de Londres y casi iguales a las que vuestro vicealmirante La Gravière recibió del gobierno de Vuestra Majestad Imperial, se vería en el caso de no poder coadyuvar a la realización de las miras de V. M., si ellas fuesen realmente las de levantar un trono en este país para sentar en él al archiduque de Austria”.

La sinceridad era una de las virtudes de Prim y se manifiesta en esta carta al emperador de Francia. El emperador, al recibirla, no se hacía ilusión alguna sobre el recto proceder del representante español; sí podía, en cambio, pensar que las apreciaciones de Prim —desarrolladas en otros extremos de la carta y particularmente completadas en la no viabilidad de una monarquía por la falta de sentimiento monárquico en el país— obedecían a ambiciones personales inconfesables, y de las que ya empezaba a murmurarse entre los influyentes, con ese placer único y malsano de la maledicencia. Resultaba inútil que Prim expresara a Napoleón que “la vecindad con los Estados Unidos y el lenguaje siempre severo de aquellos republicanos contra la institución monárquica han contribuído mucho a crear aquí verdadero odio a la monarquía...”, y que “en dos meses que las banderas aliadas han ondeado en la plaza de Veracruz”, “ni en los días que lleva en Córdoba, Orizaba y Tehuacán”, no han aparecido “ni monárquicos ni conservadores alentan-

do la empresa de Maximiliano”. Era inútil todo, porque los informes franceses seguían mintiendo y estaban en pugna con las consideraciones de Prim. ¿Cómo no iba el emperador de los franceses a creer lo que le era más grato? Casi simultáneamente a la carta de Prim debió recibir la del general Balazé, llegado a Veracruz con el general Lorencez, y en la cual se pintaba todo con los más deslumbrantes colores: “...los negocios me parecen en el fondo tan sencillos desde que los veo de cerca, que no dudo de una próxima solución favorable al establecimiento de un gobierno monárquico, vivamente deseado por la mayoría del país...”¹.

Pero mientras en México reinaba el silencio —un silencio expectante después del pacto de La Soledad—, en Cuba, donde se seguía la cuestión mexicana con el interés que da la proximidad de los hechos, no faltaban los comentarios, ni los juicios, suposiciones y pronósticos arriesgados. El más interesado era el propio general Serrano, el cual, a falta de noticias, adelantaba impaciente su pensamiento al representante español en Wáshington, Gabriel García Tassara, no sin hacerse eco de los rumores insistentes que circulaban acerca del proceder de Prim. Todavía no se hablaba claro, pero se insinuaba lo bastante para que la idea de una ambición personal en el representante español explicara, a los que desconocían las dificultades, su comportamiento enigmático. Nacida quizás en Francia, murmurada en España y con ecos en Cuba, la calumnia de que Prim ambicionaba para él la corona de México impresionó, sin duda, a Serrano. Y, entre temeroso y circunspecto, no dejó de poner de manifiesto en la carta a García Tassara, aunque de modo muy velado, este aspecto nuevo del asunto mexicano. Así, después de analizar el proceder de Inglaterra y Francia

¹ Comunicación fechada en Veracruz el 22 de marzo de 1862.

y la inclinación de Prim al punto de vista inglés —hubiese sido más justo decir que Inglaterra se inclinaba al punto de vista del representante español—, escribía: “si es que no tiene, y me cuesta trabajo creer que los tenga, aspiraciones de otro género, que con razón o sin ella se le atribuyen”. Así lanzaba la insidia.

Serrano tiene la habilidad de no precisar las aspiraciones; pero el rumor corre ya con tal rapidez de boca en boca, que vale la pena de no comprometerse en emitirlo. Y añade después, como si quisiese saber el origen de la versión que él piensa que está ya en poder de García Tassara: “Ignoro lo que puede haber dado motivo a estos rumores, pero me los explico por la política extraña y de decidida protección al partido de Juárez, que está desarrollando, no ya desde que llegó al territorio mexicano, sino desde que puso el pie en esta capital”. La malquerencia hacia Prim no puede ser más elocuente, aunque en la carta haya otras manifestaciones de ese sentimiento, mucho más abiertas, y a través de las cuales se puede deducir que lo que interesa a Serrano, mucho más que la cuestión mexicana en sí, es desprestigiar a Prim a fuerza de presentarlo como negociador tortuoso y con ambiciones desmedidas.

¿Pensaba Serrano que la carta a García Tassara sería transmitida al gobierno español? Probablemente, ya que si no es así, resulta casi incomprensible la finalidad con que escribía lo siguiente: “Nada diré a usted de las interpretaciones que se hacen acerca de la conducta de nuestro representante en México; hay quien le supone en inteligencia secreta con Doblado, que a su vez tiene supeditado y como preso a Juárez con las fuerzas regulares que logró organizar en Guanajuato y que hoy tiene guardando la capital; esta inteligencia se traduce como la preparación de convertir al marqués de los Castillejos en el árbitro de los destinos de México; proyectos de que se

supone enterados a los representantes francés e inglés y que aumentan, como es natural, la desconfianza entre los plenipotenciarios. Hay quien ve relacionado con estos hechos un artículo publicado hace algún tiempo en *El Eco de Europa*, periódico de Veracruz, y en el cual se decía ‘que Grecia y Roma hubieran deificado al general Prim; que en la Edad Media hubiera fundado una dinastía de reyes; que en nuestros tiempos ha resucitado las maravillas de los combates homéricos y que, amante y protector de todos los progresos y de todas las libertades, su nombre sólo debía servir a los mexicanos como garantía de que nunca perderían tales ventajas con la intervención europea’. Haya o no exactitud en estas interpretaciones, es la verdad que el plenipotenciario y el contralmirante franceses desconfían hasta el punto de haber mandado un comisionado especial al emperador para darle cuenta detallada de los sucesos”¹. Todo ello resultaba lo bastante grave; y la delación —que tal parece ser la cita de los rumores— presentaba aspectos de tal verosimilitud, que es indudable que Serrano esperaba algún resultado de la carta. En ella podrá el lector apreciar todavía un sentimiento de rivalidad: Serrano persistía en su fracasada idea de convertirse en árbitro del difícil y embrollado asunto español en México.

Pero García Tassara, hombre inteligente, de gran prudencia y fino observador del ambiente que se creaba en la América del Norte a raíz de los acontecimientos mexicanos, estaba mucho más cerca del pensamiento de Prim que del de Serrano, y sus informes al gobierno español resultaron coincidentes con las apreciaciones que hacía desde México el plenipotenciario de la reina. Al contestar la carta del capitán general de Cuba no recogió

¹ Texto dado a conocer por Emeterio S. SANTOVENIA. *Revista de Historia de América*. Trabajo Cit., págs. 73-74.

en comentario alguno las críticas que Serrano prodigaba a Prim, ni su opinión rozaba de ninguna forma a los incidentes de la campaña. Sus puntos de vista abarcaban la totalidad del problema y —si bien es de extrañar la afirmación que se lee en el escrito de que los pueblos de América, e incluso la gran unión norteamericana, evolucionarían tarde o temprano hacia el sistema de gobierno monárquicos— no dejaban de señalar la irritación que los planes de las tres naciones europeas habían producido en Norteamérica. Los proyectos rozaban la doctrina de Monroe, "Evangelio político de esta América", como escribía García Tassara para dar a entender el alto valor del programa.

El silencio de México, que tanto preocupaba a Serrano, iba a ser roto por graves acontecimientos, y acontecimientos tan trascendentales, que ni el más pesimista observador los habría podido prever, dada la rapidez con que se sucedieron.

Los contingentes franceses que venían a reforzar a los que tenía Jurien de la Gravière, desembarcaron en Veracruz en los días 12, 17, 23, 24 y 29 de marzo ¹. Antes de la llegada del último transporte, Lorencez estaba ya en inteligencia con Almonte, Haro y otros emigrados, a fin de apoyar con las armas francesas las intrigas monárquicas que iban a desarrollar, de momento, en el territorio ocupado por las fuerzas aliadas. Esto disgustó extraordinariamente a Prim y a Charles Lenox Wyke, a quienes no escapó el designio que tales maniobras encubrían. Además, el gobierno mexicano, al corriente de los manejos franceses, mandó una comunicación a los plenipotenciarios aliados, denunciando los hechos y esperando una resolución favorable, porque no consideraba posible que los

¹ Los buques que los transportaron y en orden de fechas, fueron: "Canadá", "Asmodée", "Darien", "Finisterre", "Turenne" y "Amazona".

representantes hubiesen entablado negociaciones con el gobierno y, al mismo tiempo, favoreciesen las intrigas de los adversarios de Juárez.

Tanto Prim como Lenox Wyke, quienes recibieron la comunicación en Orizaba, consideraron fundadas las razones alegadas por el gobierno mexicano. Pero, como no tenían con ellos al representante francés, que se hallaba en Tehuacán, demoraron la respuesta mientras mandaban a Jurien de la Gravière copia del escrito, junto con la opinión de ambos, favorable a la demanda. Se le pedía, asimismo, autorización para contestar conjuntamente, en nombre de las tres potencias, que a los refugiados que habían regresado al país no les sería permitido cobijarse bajo las banderas aliadas.

Desde aquel momento, Prim presentía ya el desenlace: "Mucho me temo —escribía al ministro de Estado español— que los plenipotenciarios franceses no sean del mismo parecer, lo cual originará un grave conflicto" ¹.

Por aquellos días, una extraña actitud del gobierno mexicano estuvo a punto de favorecer las miras francesas y provocar el rompimiento con los aliados y la consiguiente iniciación de las hostilidades.

Los plenipotenciarios habían accedido, con ciertas condiciones, después del acuerdo de marchar hacia el interior, a la devolución de la aduana de Veracruz. Las condiciones fueron al fin aceptadas por Doblado y entre ellas quedaba sólo pendiente, por no haber contestado el gobierno favorablemente todavía, la de que se eximiese a los extranjeros del impuesto extraordinario de 2 ½ % sobre el capital que había sido establecido por un decreto reciente del gobierno de México. Por su parte, el gabinete Juárez había solicitado de los representantes de las poten-

¹ Comunicación de Prim a Calderón Collantes, fechada en Orizaba el 17 de marzo de 1862.

cias intervencionistas el restablecimiento de sus empleados en la oficina de correos de Veracruz. Los representantes franceses se opusieron a la pretensión en tanto que el gobierno no entrase plenamente en el terreno de las concesiones. La cuestión era insignificante, pero los franceses no desaprovechaban ninguna oportunidad para provocar el rompimiento, mientras Prim, que conocía este estado de ánimo, no regateaba esfuerzo ni gestión para evitarlo, mayormente cuando el motivo no tenía otro valor que el de un pretexto. Así, de acuerdo con Lenox Wyke, pensó ir a Puebla, aceptando una invitación de Doblado, con el fin de pedir al ministro que cediera en todo lo que no resultara contrario al decoro del país, aunque no fuese con otro propósito que el de quitar a los jefes franceses todo pretexto que pudiera precipitar el rompimiento. Prim consideraba segura la ruptura, porque percibía el estado de ánimo de los delegados del emperador. "A pesar de esto —insistía en su informe a Calderón Collantes— es muy probable que la resolución del gobierno mexicano de obrar activamente contra sus enemigos proscritos, a quienes, al parecer, tratan de proteger los jefes franceses, sea ocasión de un rompimiento. Si tal sucede, los comisarios ingleses y yo haremos cuanto nos sea posible para evitar todo conflicto y en último resultado no prestaremos el apoyo de nuestra voz a una infracción flagrante del derecho de las naciones".

Pero el gobierno mexicano no sólo no estaba dispuesto a revocar el impuesto extraordinario de 2 ½ % sobre el capital, sino que decretó una contribución forzosa de quinientos mil pesos entre seis casas de la capital. De ellas —afirmaba Prim al ministro de Estado en su informe— "tres son españolas, siendo éstas las más perjudicadas en el reparto, pues se les ha señalado la cuota

de cien mil pesos a cada una"¹. Inmediatamente Prim comunicó a Doblado que aquello era intolerable para los plenipotenciarios, al extremo de que si no se revocaba la disposición tomarían las medidas que fueran pertinentes. Estas habían de consistir en la presentación de un ultimátum que, de ser desechado, provocaría la ruptura con el gobierno y con ella el regreso a Paso Ancho —según lo estipulado en los Preliminares de La Soledad— para dar principio a las operaciones militares.

No hay que decir que este incidente llenó de satisfacción al representante francés que (cuando más desalentado estaba por la actitud de Prim) se iba enterando desde Tehuacán del giro que tomaban los sucesos. El propio Prim, al notificarle lo ocurrido, le rogó que se reuniese con él y con Lenox Wyke para tratar de tan grave asunto. A Jurien de la Gravière le faltó tiempo para contestar al representante español y preguntarle casi en tono de mofa en la iniciación del escrito: "*Que s'est-il donc passé depuis votre dernière lettre? Je vous croyais à Puebla avec Sir Charles L. Wyke, et j'apprends aujourd'hui, par votre lettre du 20, que vous êtes encore à Orizaba et que vous y êtes dans des dispositions bien différentes de celles que j'étais en droit de vous supposer...*". Y creyendo la partida ganada, prometiéndose el rompimiento tan deseado, se extendía luego en consideraciones arriesgadísimas e incluso comprometedoras para los franceses. En la larga carta expresaba que, a su entender, había constituido un grave error dar un matiz exclusivamente, o casi exclusivamente,

¹ Fechado en Orizaba el 19 de marzo de 1862. En su discurso en el Senado —12 de diciembre de 1862— rectificó la afirmación hecha a Calderón Collantes: "...Yo recibí también por cartas particulares de la capital, la noticia de que se imponía un empréstito forzoso de quinientos mil pesos a seis casas, de las cuales creía que tres eran españolas; pero estaba equivocado; de las seis, no había ninguna puramente española; había una hispano-mexicana; es decir, que tenía capitales mexicanos y españoles, y esta casa era la mía..."